

tinta ha sobrevivido al papel y en las cenizas está la palabra *igualdad*.

El clérigo Pontolongon esperaba á su amigo á la puerta del obispado.

—Aquí estoy, le dijo en voz baja, os estaba aguardando.

—Poca paciencia teneis, me quedé con el obispo para aplacaros, os estaba *recomendando*.

—Gracias, reverendo padre, dijo Pontolongon haciendo una mueca infernal, que fray Angel no pudo percibir en las tinieblas de la noche.

—Echémos á andar, que nos esperan.

—Como que no dilata en sonar la *queda*.

El clérigo y el fraile se dirigieron á uno de los suburbios mas lejanos de la poblacion, escapando á ser reconocidos por la ronda, que á su vez temia ser reconocida por los malhechores.

CAPÍTULO IV.

LINO EL MULATO.

I.

El familiar del obispo salió inmediatamente á comunicar la orden al rector de San Nicolas, para que se presentase desde luego en el arzobispado.

El familiar era un zorro de cuenta, su fisonomía traviesa lo denunciaba al momento que se le ponía la vista encima.

Llamábase Antonio Pedraja, era natural de Morelia, y tenia un talento natural, y sobre todo, una viveza admirable.

Antonio Pedraja hizo rápidos progresos en el colegio, y fué escogido para familiar, teniéndole el obispo entre sus consentidos.

El estudiante era un tronera de primera fuerza, y á la edad de veinticuatro años habia corrido el mundo mas de lo regular y comprometido su pellejo en mas de dos aventuras.

A pesar de su sotana y su tonsura, que era de rigor en el puesto que ocupaba, el bueno del familiar se inclinaba á las muchachas que era una gloria.

Por las noches arrojaba el traje talar, se embozaba en su capa, y colgaba á su brazo una tizona de cinco cuartas.

Pedraja se reunia con un grupo de amigos que armaban camarra por cualquier pretexto, y habia la de Dios es Cristo, apareando á las rondas y corriendo despues á tomar iglesia en el obispado.

Ya el señor obispo habia tenido repetidas quejas del familiar, le habia reñido sériamente; pero el estudiante no hacia el menor aprecio de las *jaculatorias* del obispo, como él llamaba á los regaños.

Pedraja estaba á la sazón enamorado de una lindísima jóven que vivia en la calle del *Raton*, contigua al colegio; así es, que cuando sus amigos le preguntaban donde pasaba las horas, él contestaba con mucho donaire: en la *ratonera*.

—Cuidate de los gatos, le contestaban los concoleas.

—No hay cuidado, yo soy *cazador* de primer orden.

El padre de la jóven estaba inquieto, porque en una especie de taberna establecida por Lino el Mulato en uno de los suburbios de la ciudad, el familiar habia ofrecido robarse á la muchacha.

Pedraja era capaz de eso y mucho mas, lo cual no le hacia gracia al viejo, que estaba como suele decirse "con el Jesus en la boca."

Pedraja no le tenia miedo ni al obispo, ni á la Inquisicion; era lo que se llama un desalmado: las viejas instaban porque aquel satanás se quitase los arreos eclesiásticos, por honor de los buenos sacerdotes, porque hubo vez que la sotana de Pedraja apareciera colgada en el barandal de un balcon.

A una sola persona respetaba el familiar, á una sola consagraba el respeto mas profundo y la veneracion mas completa. Quién obraría ese milagro? preguntarán nuestros lectores; efectivamente, era un milagro ese rapto lírico del alma del estudiante.

La persona amada y temida de Pedraja era el señor rector del colegio de San Nicolas.

Quando lo veia aparecer por las naves sombrías de la Catedral, se le acercaba respetuoso, le besaba la mano, y decia para su colete: "Me parece que es un santo que ha abandonado el corateral."

El rector pasaba con su continente sereno, dirigia una mirada severa al estudiante, le decia alguna sentencia en latin (que Pedraja no entendia) con referencia á su conducta, y se deslizaba como una sombra.

—Este hombre me inspira mas veneracion que el obispo con su corte de sotanas; si el rector me echase una *jaculatoria*, estoy seguro que me haria mas mella que los sermones del prelado.

El familiar seguia la carrera de la vagancia, y su intrepidez lo conducia á lances de los cuales no salia siempre airoso, lo cual no obstaba para que fuese el calavera de mas buen corazon, capaz de arriesgar la vida por el último de sus amigos.

II.

El estudiante apretó el paso, se entró en la calle Real, llegó al colegio, subió en tres saltos la escalera, y llamó á la puerta del salon.

El eclesiástico se habia quedado en ese sopor de la contemplacion, sumido en profundas cavilaciones, cuando lo despertaron los toquidos del estudiante.

Levantóse, serenó su semblante y abrió la puerta.

—Buenas noches, señor rector.

—Hola! por aquí el familiar Pedraja.

—Vengo de parte de su señoría ilustrísima á suplicar al señor rector se sirva pasar inmediatamente al obispado para un asunto de mucha urgencia.

El eclesiástico plegó el ceño con estrañeza, y despues contestó:

—Está bien, voy al momento.

El familiar reflexionó que aquel hombre, presa de la denuncia y la infamia, podia parar en las garras de la Inquisicion y sufrir tormentos horribles.

Acercóse como indeciso al rector; este comprendió que algo queria decirle el estudiante, y pretestando arreglar unos libros le dijo:

—Y cómo está de salud su señoría?

—Bien, señor, ahora mismo acaba de concluir la tertulia, en ella precisamente se habló del colegio.

—Bien.

—Decia, continuó el familiar, que se habló del colegio y del desórden que tuvo lugar á la hora del *rosario*.

—Ya, ya.

El estudiante no era hombre de preámbulos, iba siempre en línea recta á su objeto; así es que encarándose al rector le dijo de una manera violenta:

—Señor, sé que me comprometo con lo que voy á revelar; pero nada me importa cuando cedo á las inspiraciones de mi corazon: usted ha sido denunciado esta noche por ese miserable de clérigo llamado Pontolongon, que asegura la existencia de papeles clandestinos en la biblioteca del colegio; y para decirlo todo de una vez, os llaman para deteneros en el obispado mientras practica un cateo el delegado de la Inquisicion. Si es cierto, aun es tiempo, no hay mas que quemar esos papeles, ó dár-melos, yo los guardaré en el mismo obispado, allí no los encontrarán nunca.

—Gracias, jóven, dijo el rector conmovido por aquel rasgo de generosidad; no olvidaré nunca accion tan noble y desinteresada; pero el padré Pontolongon se ha engañado.

—Me alegre, dijo el estudiante con satisfaccion; ¡qué buen

chasco el que van á llevarse esos malvados! yo me retiro, con permiso del señor rector.

—Id con Dios, amigo mio.

El familiar corrió al obispado, y en tono compungido avisó al obispo que el eclesiástico estaba ya en camino, obsequiando las órdenes de su señoría ilustrísima.

—Que busque ahora ese mentecato de fray Angel, que busque; el rector es un lobo corrido, bueno es él para que el imbecil de Pontolongon le tome en sus redes; en un descuido echa por un voladero al maestro de aposentos. Ahora, marchémonos á la taberna, que ya hago falta en la tertulia de los *cosacos*.

El familiar se embozó en su capa, tomó su espada y se dirigió sin mas preámbulo á la taberna de *Lino el mulato*, mientras se practicaba el cateo en el colegio de San Nicolas.

III.

En una de las apartadas calles de la poblacion, y hácia la salida de la ciudad por el lado del Norte, habia una casita de modesta apariencia, donde un mulato, llamado Lino, tenia un *tendajo* con algunos comestibles y bebidas embriagantes, que eran precisamente las que atraian mas parroquianos al establecimiento.

En una pieza interior *bebía* la gente decente.

Los muebles consistian en media docena de mesas hechas de madera ordinaria y varias sillas con asientos de vaqueta.

En aquella pieza solo entraban los parroquianos de *confianza*, es decir, varios vecinos honrados, algunos clérigos, estudiantes, el barbero, y los aficionados á los buenos caldos.

Lino era uno de esos personajes siniestros, predestinados al mal, incapaces de afecto por nada ni para nadie, vengativo, insolente y bajo cuando se hallaba en situaciones apremiantes.

Lino aborrecia cordialmente á todos sus parroquianos, á quienes hubiera jugado de buena gana una de Lucrecia Borgia.

Lino habia hecho una excepcion en favor de Pedraja; su afecto llegaba hasta fiarle un real de aguardiente y dos cajas de cigarros; despues de este rasgo sublime de longanimidad, se hacia inflexible hasta la petrificacion.

El familiar conocia lo terrible del corazon del mulato y le tenia una especie de temor, lo que no era obstáculo para hacerle una trácala cuando se ofrecia.

Pedraja llegó á la taberna cuando los parroquianos ya estaban á media bolina; acercóse al mostrador y tendiendo la mano al mulato le dijo en un tono campechano:

—No ha venido el viejo?

—Ya está algo atarantado y podremos sacar algo en limpio.

—Todo lo que beba lo pago.

—Adelantado?

—No; porque sin saber lo que consuma no es posible sacar la cuenta.

—Es cierto.

—Pues al negocio.

—Al negocio.

El mulato y el familiar se entraron en la pieza de los amigos, donde habia varios grupos hablando en voz alta y atravesando apuestas y disputas sobre cualquier cosa.

Una salva de aplausos resonó al presentarse el familiar en la escena.

—Gracias, gracias, señores, decia Pedraja, estoy muy obligado á ese saludo de simpatía, y en prueba de ello voy á tomar un trago á la salud de la concurrencia.

El mulato sirvió aguardiente y todos tomaron á un tiempo.

Entre los grupos mas lejanos á la mesa donde el estudiante habia asentado sus reales, estaba el barbero que ya han visto nuestros lectores haciéndole la barba al padre Pontolongon.

Joaquin María de los Ramos veia con una especie de rencor al estudiante y parecia dispuesto á emprenderla con él.

El flebotomiano era jóven aún, tenia treinta y cinco años de edad, y los mismos de mañas, reticencias y malas intenciones.

Ramos era vigoroso bajo ese aspecto endulzado de los barberos; y en sus ataques de bilis cortaria hasta el hueso *Palomo* á cualquier hijo de vecino, con la misma facilidad que á las sanguijuelas.

Ramos era hipócrita y solapado como un barbero de pueblo, y contador de historias, y llevador de chismes, é inventor de cuentos como un novelista.

—El señor de Ramos no bebe, dijo el familiar emprendiéndola con el barbero.

—Soy capaz, contestó Ramos, de apurar una botella sin resollar; aunque no soy *currutaco*, puedo habérmelas en esta y otras materias con el que mejor se porte.

—Eso es otra cosa, amigo mio, yo no soy conquistador.

—Yo no lo pretendo; pero estoy seguro de no quedarme atras.

—Le costaria algo al que me disputase el puesto.

—Puede ser que muy poco.

—La cosa está en veremos.

—Puede ser, pero yo la veo muy clara.

La conversacion iba tomando un giro no muy conveniente y por ella se adivinaba que entre el familiar y el barbero se atravesaba alguna rencilla antigua.

—Sosiéguese usted, señor de Ramos, dijo el mulato al oido del barbero.

—No me da la gana; ese jovencillo me anda disputando á una muchacha y no lo he de consentir; figúrate que dentro de ocho dias me caso, y eso de comenzar por----- no me parece.

—Conque se casa usted?

—Precisamente.